Relatos cortos

Historias cortas de los compañeros en Dragon Age II.

Relatos incluidos:

- Anders
- Aveline
- Fenris
- Isabela
- Merrill
- Sebastian
- Varric

Dragon Age II

Relatos cortos

Sheryl Chee, David Gaider, Jennifer Hepler, Mary Kirby y Lukas Kristjanson

Título original: *Dragon Age II short stories*
Autores: Sheryl Chee, David Gaider, Jennifer Hepler, Mary Kirby y Lukas Kristjanson

Traducción: CiscoMT
Revisión: holly
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.1
05.06.17
Base LSW v2.2

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Dragon Age y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Anders

por Jennifer Hepler

La luz aquí no es buena. Es demasiado amarilla. Demasiado dura. Y viene toda de arriba. Por un momento, no estoy seguro de por qué eso no es bueno. El sol… ¿eso siempre ha estado ahí, no? ¿Qué estoy recordando?

La palabra vuelve a mí. El *Velo*. Soy un mago. He pasado tiempo en el lugar que recuerdo. Es una tierra de niebla, de sueños. Y tengo razón; la luz allí es diferente, emanando del suelo, las paredes, no de una única fuente localizada. Pero nunca he sido más que un visitante aquí. ¿Por qué de repente me siento como en casa? ¿Qué más no puedo recordar?

Me levanto, y la luz se intensifica, se oscurece, se calma. El palpitar de mi cabeza vuelve y sin pensarlo, cojo un suspiro de maná para hacer que se vaya. El dolor se va mientras la magia se acomoda, calmando y enfriando. Intento pensar. Empecemos con algo simple. Mi nombre. ¿Cuál es mi nombre?

Soy Anders.

Soy Justicia.

De repente vuelve a mí. La voz de Justicia, *mi* voz, hablando a través de la cara podrida del cuerpo que una vez reclamó para sí mismo.

—Es la hora. Me has mostrado una injusticia mayor que ninguna otra a la que me haya enfrentado. ¿Tienes el coraje de aceptar mi ayuda?

Sabía lo que ofrecía.

Para permanecer en el reino mortal, necesita un huésped, un cuerpo que habitar durante una vida, no un cuerpo que se pudrirá por debajo de él. Si le diera eso, me daría todo lo que tenía, todo lo que era. Juntos, podríamos reformar Thedas en un mundo donde domine la justicia, no el miedo.

Un mundo sin Círculo. Sin templarios. Un mundo en el que cada mago pueda aprender a utilizar sus dones y aún así pueda volver a casa por las noches. Donde ninguna madre necesitaría nunca ocultar a su hijo… o perderle por el miedo de sus vecinos. Donde la magia sea reconocida como un don del Hacedor, no la maldición en la que se ha convertido.

Casi es demasiado imaginarlo. El Círculo, los templarios, han dado forma a mi vida. No tenía más de doce años cuando vinieron a por mí. Mi madre lloró cuando me ataron las cadenas a las muñecas, pero mi padre se alegró de ver que me iba. Había tenido miedo, desde el fuego en el barn. No sólo tenía miedo de lo que podría hacer, sino miedo de *mí*, miedo de que mi magia fuera un castigo por cualquier insignificante pecado que él imaginaba que el Hacedor había juzgado.

Siempre supe que no me sometería. Nunca podría ser lo que ellos querían que fuera… sumiso, obediente, *culpable*. Pero antes de Justicia, estaba solo. Nunca pensé más allá de

mi escapada: ¿Dónde me ocultaría? ¿Cuánto pasará antes de que me encuentren? Ahora, incluso ese pensamiento me repugna. ¿Por qué deberían tantos otros vivir con lo que yo no viviré? ¿Por qué debe aguantar el Círculo de Magos? ¿Sólo porque siempre lo ha hecho, sólo porque aquellos que leyeron las palabras de Andraste las retorcieron para que significaran que los magos debían ser prisioneros? ¿Por qué nunca había habido una revolución?

—Está volviendo en sí. —Una voz, acercándose. Alguien que conozco. Un Guarda Gris.

—¿Qué, en nombre del Hacedor, le ha ocurrido? —Hay dos de ellos. A este no le conozco.

—Simplemente se volvió loco. Sus ojos estaban brillando… Su sangrienta piel se agrietó y era como si hubiera fuego dentro. Sólo siguió delirando… algo sobre la injusticia, una revolución. Pensé que iba a tener que sacrificar al tío como a un perro loco, entonces simplemente colapsó.

—Malditos magos.

Lucho por levantarme, por abrir mis ojos y mirarles como un hombre, no la pila molida de desechos de hurlock que me sentía. Puedo verlos ahora. Es Rolan; por supuesto que lo es. El precio que tuve que pagar por la generosidad de los Guardas Grises al reclutarme de debajo de las narices de los templarios. Él era uno de ellos, antes de que su Capilla fuera destruida por los engendros tenebrosos y sintiera la llamada de unirse a los Guardas. Nadie dijo que se había alcanzado un trato, pero tan pronto los templarios cesaron en sus protestas, Rolan apareció en los Guardas, y hemos estado en cada asignación juntos desde entonces. Está demasiado claro que los templarios le mandaron para mantenerme vigilado.

¿Y lo que fuera que me poseyera para hacer mi trato con Justicia en cualquier parte en la que él podría ser testigo? Conforme aparece, me arrepiento de esa elección de palabras, porque algo se agita en mi interior, y me pregunto si es más difícil para Justicia ejercer su voluntad en un cuerpo en el que aún habita una consciencia viva. Pero es una pregunta fútil, porque sus pensamientos son míos y él soy yo, y ya no estoy del todo seguro de qué estaba preguntando siquiera.

Rolan está enfrente de mí ahora, y el grifo blanco en su placa pectoral se emborrona en mi vista con la espada de acero gris en llamas de la armadura de su compañero, y sé con total certeza que Rolan me ha traicionado.

—Los Guardas estuvieron de acuerdo en que no podíamos albergar a una abominación, —está diciendo él, su voz nasal vibrando con una satisfacción engreída, y no necesito escuchar más. Ha traído a los templarios a por mí, a por *nosotros*, y esto es justo lo que hemos estado esperando.

No me veo cuando cambio, sólo el reflejo en sus ojos y el sonido de sus gritos. Mi brazo corta y la platerita no tanto se rompe sino que explota en una lluvia de metal fundido. La espada se funde, cayendo por el pecho del templario, y yo sigo con una

oleada de llamas que calcina la carne de su cara, dejando sólo huesos tan calientes que arden. Los árboles están ardiendo… la tienda… todo a nuestro alrededor.

Rolan aún está en pie, y huelo el lirio que ha bebido, el cual le ha protegido de la explosión. Pero tiene miedo. Veo su escudo sacudirse y cómo apenas ha resistido la urgencia de huir, y tengo un pensamiento repentino, "¿Qué soy?" porque le he visto enfrentarse tanto a madres de la camada como a abominaciones sin miedo.

Y entonces su espada está apuntando a mi pecho, y dejo que venga, porque es sólo acero y no puede herirme, ya que no soy un hombre mortal. Y cuando se hunde hasta la empuñadura en mi carne sin reacción, es cuando él abandona. Se gira y corre, y desde atrás, le arranco la cabeza del cuello, sin magia, sólo *yo*, lo que sea que eso sea ahora. Su sangre salpica en mi boca abierta y sabe a vino melado y el calor se extiende a través de mí.

Él me odiaba, y está muerto. Él me temía, y está muerto. Él me dio caza, y está muerto.

Todos morirán. Cada templario, cada hermana sagrada que se ponga en el camino de nuestra libertad morirá de agonía y sus muertes serán nuestro combustible. Tendremos justicia. Tendremos *venganza*.

Y de repente estoy solo, en pie en un bosque ardiendo, con los cuerpos de templarios y guardas a mis pies. Tantos, que ni siquiera sé que han estado ahí. Ni siquiera sé que los he matado, pero la evidencia está por todo mi alrededor. No es el resultado de una batalla como las que he conocido, sino un matadero sangriento de extremidades desgarradas y carne destrozada y comida.

Esto no es justicia. Este no es el espíritu que era mi amigo, mi *ser*. ¿En qué se ha convertido? ¿En qué *me* he convertido? Debemos salir de aquí. No hay lugar para mí en los Guardas Grises ahora.

¿Hay lugar para mí en alguna parte?

Aveline

por Lukas Kristjanson

Mi guardia… nadie muere esta noche. El pensamiento era claro, repitiéndose al ritmo de su paso. Aveline du Lac corría a través de la oscuridad, sus ojos en los fuegos distantes. *Nadie muere esta noche*.

Aveline era una de los treinta reclutas estacionados fuera del Fin de los Valles, un páramo que no había visto a un soldado del rey en años. Su comandante había escogido la localización por sus colinas sin ley, bandidos y extrañas bestias servirían como entrenamiento de combate. Pero esta noche era diferente. Un escudero herido había pasado el mensaje: los templarios tienen problemas. O sin saberlo o sabiéndolo y siendo estúpidos, seis habían entrado a una propiedad vitalicia a unas leguas de distancia, y algo había ido mal.

La duda se extendió por el camino. Aveline la hizo a un lado y continuó corriendo.

Había estado de guardia, aún en su equipo completo mientras todos dormían. Sus compañeros serían rápidos en reunir las armas y seguirle, pero el miedo en el escudero le había hablado de la urgencia, así que Aveline había salido sola. Conocía el riesgo… el deber de la semana había sido eliminar bandidos, no hacer el territorio seguro para correr en la oscuridad. Pero un soldado no siempre tiene el lujo de fortificar cada paso. A veces todo lo que le importa a la lanza es el destino.

La duda se extendió de nuevo. Aveline la apartó y siguió corriendo.

Los árboles desaliñados dieron paso a un claro que parecía contener a la luna encima. Un hombre estaba luchando en la aproximación a una pequeña propiedad, agarrándose a una espada doblada, su pelo negro húmedo de sudor. Incluso a la distancia, Aveline podía ver que su pechera —de templario— estaba partida por la izquierda. Tres aperturas a través de la armadura más fina, de ningún arma que conociera. La duda se extendió en su busca. Ella la hizo retroceder sin pensarlo y se arrodilló a su lado.

—Soldado del rey. Escuchamos su llamada. ¿Hay otros? —Ella habló de modo monótono mientras se ponía a trabajar, desgarrando tiras de su tabardo para vendar sus heridas. Eran profundas, pero su respuesta estaba perfilada de asombro, no dolor.

—¡Hacedor, mujer! ¡Tienes su sangre de pies a cabeza!

Aveline parpadeó y bajó la mirada hacia sí misma, luego al camino que había tomado. Un icor negro viajaba por las vacilaciones de su carrera, las dudas que apenas había aceptado… deformidades con garras ahora disolviéndose en la tierra, como cenizas líquidas. Las había negado, sus golpes inconscientes, automáticos. Sintió un escalofrío ante su extrañeza, pero lo apartó de su mente.

—Necesitamos sacarle de aquí, —dijo ella, levantando al templario en pie. Pero una vez enderezado, se volvió hacia la mansión. Un brillo amarillo enfermizo perfilaba la puerta.

—No, —dijo él, calmándose. Colocó su espada contra el suelo y la enderezó con su pie—. Si se manifiesta por completo en este reino, nunca lo encerraremos. —Aveline alzó la mirada hacia el hombre de arriba abajo: pálido, sangrando, ni un rastro de miedo. Ella nunca había entendido a los templarios. Su mundo parecía imposiblemente distante del de ella. Sus palabras eran un sinsentido. Bien podía estar loco.

Entonces él inclinó su cabeza y silenciosamente añadió:

—Nadie más muere esta noche. —Aveline le miró, reconociendo al soldado tras la heráldica. Él le devolvió la mirada, el giro más leve, y ella conocía esa mirada también… aprecio. Ella podía ayudar, y quizás sobrevivir.

—Está bien, templario, —dijo ella, sacudiendo la cabeza pero desenvainando la espada. Miraron a la puerta un momento, lado a lado. La luz tras ella pulsaba con un palpitar vil.

—No creas nada de lo que diga, —advirtió él.

—No lo haré, —dijo ella planamente. Él alzó una ceja ante su confianza. Aveline le miró—. O conoces tu trabajo, o no lo haces. —Él asintió sombríamente y se volvió hacia la puerta, pero ella podía decir que estaba buscando palabras, como si la combinación correcta pudiera hacer este encuentro normal.

—Ser Wesley Vallen, —comenzó él—. ¿Y tú…?

—Esperando ser impresionada. —Su respuesta fue más fría de lo que había pretendido, un instinto forjado tras largas semanas en compañía ruda. Él no reaccionó, pero a ella le molestaba y se forzó a intentarlo de nuevo—. Aveline, —ofreció ella—, y puedes impresionarme más tarde. —Ella sintió una punzada de lo impropio que sonaba, y se quedó tiesa varios segundos antes de arriesgarse a buscar la respuesta. La mirada de Wesley permaneció fija en la puerta, pero una sonrisa trepó a su cara. Una vez más, Aveline de algún modo le leyó la mente. Una pequeña estupidez había cortado la penumbra; quizás sus espadas igualmente no eran diferentes.

—Como digas, —dijo él, con una sonrisa que era… cálida.

Y con un vínculo repentino y una resolución de hierro, los dos volaron la puerta de sus goznes a golpes de hombro.

****

—¿Un caballero, dices? —Benoit du Lac miró a su hija con los ojos nublados, su voz fina pero esperanzada. Aveline agarró su mano, vacilante.

—Es un templario, padre.

—Pish, —escupió él—. Entonces no tiene propiedades. Qué desperdicio. —El arrebato hizo eco por la guardia, atrayendo miradas de las hermanas que atendían. Aveline las ignoró y miró hacia las puertas de la Capilla que ocultaban el bullicio de Denerim más allá. Ella suspiró y se dio la vuelta, temiendo discusiones familiares. Pero el anciano se había suavizado mientras se recostaba en su litera. Quizás estaba igual de cansado del precio de la victoria.

—¿Es un buen hombre?
Ella miró al cielo, los pensamientos cariñosamente en otra parte.
—Eso creo.
—Entonces toma su nombre, —dijo él, a regañadientes.
Aveline se rió entre dientes, sacudiendo la cabeza.
—Sabes que no estaba pidiendo permiso.
El anciano sonrió, cerrando los ojos.
—Esa es mi chica.

Fenris

por David Gaider

Los cazadores estaban tras él de nuevo.

La verdad sea dicha, lo había sabido desde hacía varios días. Lo había visto en los ojos del posadero, en la forma en que la culpabilidad del gordo apartaba la mirada y se negaba a encontrar su mirada. Lo había visto en la mirada lastimera de la puta que estaba en la esquina, y en la forma en que lo encubrió con una sonrisa. Los clientes en esa taberna escuálida donde fue a comprar su comida se quedaron en silencio cuando entró ahora, y no era el silencio incómodo de un ciudadano humano al enfrentarse a un extraño elfo cubierto de unas extrañas marcas en la piel y con una gran espada… más bien era el silencio de los hombres que sabían que los problemas acababan de entrar por la puerta y ahora estaban haciendo lo que podían por pretender que no existía. Fenris conocía la diferencia muy bien.

Había sido perezoso. Pese al hecho de que lo sabía, aún parte de él se negaba a admitir que era así. Había esperado contra toda esperanza estar equivocado, que las señales fueran simplemente la paranoia de un fugitivo. Su estancia en las últimas tres ciudades había sido más y más prolongada, sus esfuerzos por cubrir sus marcas distintivas casi inexistentes. Se decía a sí mismo que esto era un desafío. Que vengan. Que lo intenten y me lleven de vuelta, si se atreven. En su interior, sin embargo, se preguntaba si simplemente no se había cansado de la caza.

Ahora era el momento. Ya había limpiado sus escasas posesiones fuera de su habitación en la posada y había saltado por la ventana. Llevaba a un callejón oscuro en la parte trasera, con suficientes cornisas abajo como para lograr un rápido descenso. Es por lo que Fenris había escogido la habitación tras una inspección que había hecho que el posadero le mirara preocupado. Casi tuvo que preguntarse cuánto le llevaría al gordo antes de que la curiosidad, o la falta de pago, le llevara a comprobar y encontrar que Fenris se había ido. Una semana, quizás menos si el posadero era el que le había vendido.

No había nada en el callejón salvo un par de ratas solitarias y un elfo vagabundo dormido contra un montón de basura. Fenris se detuvo y miró al hombre con desagrado. Había pensado que se suavizarían las cosas una vez hubiera escapado del Imperio. ¿En una tierra donde los elfos eran libres, ciertamente un elfo más pasaría desapercibido? Había sido un imbécil, por supuesto. ¿Cómo iba a saber que tanta de su gente desperdiciaría su libertad viviendo como borregos asustados? Si su única opción era o vestirse tan sumisamente como los humanos locales esperaban que fueran los humanos, huir para encontrar los clanes errantes que escudriñaban en la tierra en busca de cualquier resto que los reinos humanos les lanzaran, o luchar… entonces su elección estaba clara.

El vagabundo se despertó mientras Fenris desenvainaba la espada ancha de su espalda. El elfo se encogió con un terror repentino pero Fenris le ignoró. Había otros

viniendo ahora, ocultos en las sombras del callejón… al menos dos a cada lado y… ¿uno arriba? Escuchó, y oyó el más leve raspar de las tejas de arcilla arriba. Sí, sin duda un ballestero. Pensaban que le tenían atrapado.

Fenris se lanzó hacia el extremo del callejón que se alejaba de la calle principal. Aquí llevaba a un laberinto de patios retorcidos, desperdicios y cuerdas de tender… pero estaría más oscuro aquí, sería más fácil correr sin alertar a la guardia de la ciudad. Por qué los cazadores nunca trataban de sobornar a la guardia para que les ayudara en su caza no podía decirlo. Sin embargo, se había equivocado con la guardia en otra ciudad y habían impedido sus esfuerzos para escapar tanto como habían impedido a los cazadores. No merecía la pena el riesgo.

El vagabundo gritó de miedo y ebrio reptó para ponerse en pie, pero Fenris ya le había pasado. Dos altas figuras se aproximaron, apenas visibles pero moviéndose rápido ahora que se habían dado cuenta de que su presa estaba al tanto de la caza. Fenris captó un vistazo de bermellón. Soldados de Tevinter, entonces. Bien, eso se lo haría más fácil. No es que no hubiera matado mercenarios con tanta facilidad, pero era menos placentero que masacrar a perros como estos.

Un amplio arco de su espada noqueó al primer cazador a un lado mientras esquivaba. El segundo corrió hacia delante, esperando tomar ventaja de la apertura… sólo para encontrarse con el puño de Fenris. Las marcas en su piel resplandecieron brillantes, el lirio en su interior mandando la magia reptando a través de su carne, y su puño en fase a través del casco del hombre y directamente en su cabeza. Se lanzó hasta detenerse, aturdido con el terror.

Así que no habían sido advertidos. Imbéciles.

Las marcas de lirio resplandecieron de nuevo mientras Fenris solidificaba parcialmente su puño. El cazador se sacudió hacia atrás, la sangre saliendo por su boca y oídos. Para entonces el primer cazador ya estaba recuperado y balanceando su espada. Fenris expertamente detuvo al segundo por la cabeza, poniéndolo en el camino del barrido. La espada chocó profundamente en el hombro del hombre, y con una patada los mandó a ambos volando juntos contra la pared de ladrillos. Su puño estaba cubierto de sangre roja y oscura.

Se habría quedado para acabar con ellos, pero los otros cazadores ya estaban adivinando las cosas. Un disparo de ballesta voló junto a la cabeza de Fenris, apenas rozando una de sus orejas, y pudo escuchar los pies embotados de más soldados corriendo hacia él. Corrió hacia el callejón, saltando sobre el cazador que luchaba por apartar a su camarada muerto, y corrió hacia el laberinto. Las entradas oscuras volaban mientras corría. Cortó las cuerdas de tender y lanzó barriles para presentar obstáculos tras él. Estaban definitivamente dándole caza… podía oírles maldiciendo en tevinterano, y el ballestero arriba gateando por ponerse en posición.

Ante el primer par de contraventanas abiertas que vio Fenris las atravesó. Aterrizó en una cocina llena del olor a pan horneándose, y una mujer humana gritó mientras rodaba para ponerse en pie. Sin duda la visión de un elfo en una armadura de piel, llevando una

espada casi tan grande como él mismo, no era una visión agradable. Se puso en pie y se percató de la sorprendentemente atractiva mujer, vestida con un camisón que revelaba más de su escote de lo que ella sin duda esperaba, presionada contra la pared.

Él le sonrió, y ella gritó de nuevo. Así que agarró una hogaza recién horneada de la encimera y corrió hacia la puerta delantera de la choza. Ya un soldado estaba trepando por la ventana, haciendo que la mujer gritara una vez más y se desmayara en el acto. Los otros llegarían a la parte delantera, así que tenía que salir antes…

… se detuvo en seco. Conocía al hombre que estaba en la entrada: capa bermellón y pelo como el carbón apenas cubriendo aquellos ojos desalmados. Por no mencionar una cicatriz en su cuello, una que Fenris había puesto allí. Malditas pociones de curación y su estúpida magia. ¿Por qué nadie podía permanecer muerto?

—*Avanna*, Fenris. Me alegro de verte de nuevo. —La voz del cazador era un ronroneo frío mientras alzaba su ballesta y apuntaba con la flecha al pecho de Fenris. El del tejado, entonces. Listo.

—Considerando lo que ocurrió la última vez, me sorprende que te decidieras a intentarlo de nuevo.

—Ya no es sólo por el dinero, esclavo.

Oh, cómo le encantaba a Fenris cuando decían eso.

—¿No temes perder tu cabeza de una vez por todas?

—No cuando te tenemos en la mira. Te has vuelto descuidado. Es hora de entregarte. —El otro cazador había logrado atravesar la ventana, y podía oír a los otros gritando en la calle. Suponía que realmente sólo tenía dos opciones: abandonar y esperar una oportunidad para escapar más tarde… o correr el riesgo.

No era realmente una elección. Reafirmó su agarre en la empuñadura de su espada y sonrió al cazador, lento y mortífero.

—*Vishante kaffar*, —siseó él. Y atacó.

Isabela

por Sheryl Chee

La mujer que entra al Ahorcado es de buen ver, desaliñada y descuidada, como una rata que ha estado empapándose en las cloacas durante una semana. Su blusa desgarrada, golpeada por el clima está manchada de hollín de las chimeneas de Bajaciudad y sus botas, aunque de cuero fino, están bien desgastadas y crudamente parcheadas en un número de lugares. Su aire, sin embargo, es orgulloso, incluso arrogante, y camina hacia la taberna como si fuera dueña del lugar.

—Me dicen que puedo conseguir una bebida aquí, —dice ella, llegando a la barra con un propósito singular. Deja caer media docena de monedas de plata en mi mostrador—. ¿Qué me conseguirá esto?

—Te dejará lo suficientemente borracha. —dije yo.

—Entonces deja que venga el licor hasta que se acabe el dinero. Y que sea fuerte.

Limpio una jarra de arcilla con mi mandil y la lleno con la cerveza más potente de la taberna. Ella la coge de mi mano antes de que acabe de llenarla, y se acaba la bebida de un trago.

—De verdad que la necesitabas, ¿no? —le lleno otra bebida.

—No tienes ni idea. —Ella suspira y se frota la sien—. Me llaman Isabela, por cierto. Será mejor que aprendas el nombre. Creo que voy a estar aquí un tiempo.

No pasó mucho antes de que un estibador de olor fétido apareciera. Isabela se tensa mientras siente una mano, baja en su espalda. El estibador abre la boca para decir algo, pero no tiene ocasión. Isabela agarra al hombre por la muñeca, retorciendo su brazo tras él. Su grito es uno de shock más que de dolor, pero rápidamente cambia mientras Isabela embiste su codo contra su nuca, golpeando su cara contra la barra de madera.

—Tócame de nuevo, y te romperé más que esto, —sisea en su oído. Y entonces rompe los dedos de la mano ofensora. Oigo un crujido, varios pops enfermizos, y un aullido de dolor. El estibador se escabulle, agarrándose la mano y escupiendo insultos.

—¿Qué? —dice ella, sosteniendo la jarra vacía para que se la rellene y desafiándome a hacer un comentario, cualquier comentario. Hago un gesto hacia su ropa llamativa… nada más que una camisola desgastada sin el beneficio de una chaqueta o una capa, cubriendo sólo lo más mínimo requerido por la decencia. Ponte algo así, y vas a llamar la atención lo quieras o no.

—¿Qué? ¿Esto? —Ella coge los lazos de su corpiño, entonces deja salir una risa corta, amarga—. Me habría vestido para ti, pero me dejé todas mis ropas políticamente correctas en el fondo del océano.

Mientras medito en el significado de esa afirmación, uno de un grupo de rufianes de Bajaciudad camina hacia la barra. Él sonríe, sus labios grasientos pasando por los dientes amarillos en una expresión que es más una mueca que una sonrisa.

—Soy Suertudo, —dice él.

—¿Eso es un nombre, o una descripción? —pregunta ella, sin siquiera mirarle.

—Ambos. Y si eres nueva en Kirkwall, querrás hablar conmigo. Mis chicos y yo sabemos todo lo que está pasando en esta ciudad.

—Ya sabes, —dice Isabela, fríamente—. Una vez conocí a un perro llamado Suertudo. Una pequeña cosa repelente, y demasiado estúpido como para saber que estaba a dos ladridos de ser pateado en las costillas.

Suertudo se pone rojo, y mira a sus compañeros en busca de apoyo moral. Los chicos de Suertudo abuchean y ríen, sin ofrecer apoyo de ningún tipo, y Suertudo hace una retirada apresurada. Isabela juega con la jarra de arcilla, girándola de este y el otro lado, examinando sus numerosas imperfecciones. Sus ojos se encogieron.

—Espera, —dice de repente—. Si sabes todo lo que está sucediendo en Kirkwall, quizás deberíamos hablar.

Suertudo asiente y sonríe. Isabela se gira hacia él y capto un brillo travieso en sus ojos.

—Ya ves, —dice ella, sonriendo por primera vez—. He perdido algo en un naufragio, y me gustaría que fuera encontrado.

Merrill

por Mary Kirby

—Vigila por dónde pisas, da'len.

La advertencia de la Guardiana llega demasiado tarde —como siempre— y tropiezo con la roca, magullándome las rodillas y perdiendo la piel de mis palmas ante la roca de la montaña escarpada. ¡Mythal'enast! Algún día, aprenderé a mirar por dónde voy. Lucho por ponerme en pie, las manos cubiertas de sangre, y miro alrededor.

Estamos aquí.

La boca de la cueva es insoportablemente espeluznante, incluso para el Monte Hendido, el cual pensarías que está luchando por obtener una medalla por espeluznante. A la Montaña más Terrorífica de Thedas, quizás. La niebla se arremolina saliendo de la negrura como si respirara, y la colina está embarrada alrededor. Unas fauces abiertas, devorando toda la vida a su alcance…

No es una buena mentalidad, Merrill. ¡Piensa en positivo! Al menos el clima está bien.

—Lo sientes también, entonces. —La voz de la Guardiana me devuelve a la realidad. Está mirándome expectante… lo cual significa que me he olvidado de algo. Trato de alisarme la túnica y lo que hago es mancharla de sangre por la parte delantera. Maravilloso. Y aún no sé qué es lo que está esperando… ¡oh! Respuesta. Cierto.

—Sí, Guardiana. La voz es mucho más fuerte aquí. —El susurro se aferra a los límites de mis pensamientos, y puedo discernirlo si me concentro. En el campamento, sólo podía oírlo en mis sueños, y las palabras se perdían al despertar. Sólo un recuerdo de terrible soledad perduraba. Incluso la Guardiana se despertó sollozando a la segunda noche.

Ven a mí.

Me estremezco. Esta definitivamente es la fuente.

—Sígueme, da'len. Y mantén tu ingenio contigo. —La Guardiana se desvanece en la hambrienta boca de la cueva. Cojo aliento profundamente y entro.

La oscuridad es un shock tras la colina bañada por el sol. Como saltar a una charca de agua helada en un día de calor. Mis ojos se ajustan a la penumbra, pasamos por un pasadizo angosto hacia una gran cámara y veo… ruinas. La luz brilla a través de las grietas en el techo, rotas por el paso del tiempo y las raíces. ¿No era una cueva después de todo? Un templo o una tumba o… no sé lo que es esto. Extraño.

—No parece élfico, ¿no es así, Guardiana? ¿De Tevinter, quizás? —Miro a la Guardiana, que está mirando en silencio a algún tipo de arcada con un ceño fruncido desaprobador que conozco demasiado bien. Pobre arcada. No había hecho nada.

—Si este lugar fue parte de la guerra, entonces no importa quién lo construyó. Es peligroso. —La Guardiana se da la vuelta desde la arcada, aparentemente rechazándola—

. Si no es de la guerra, es desconocido, y probablemente aún peligroso. —Estoy segura de que hay un error en su razonamiento en alguna parte, pero parece que en mitad de la siniestra caverna-tumba es un mal lugar para discutir ese punto. Ella desciende una corta escalera hacia el templo de abajo.

Camino tras ella, dándole a la arcada un golpecito reconfortante mientras paso.

Ven a mí.

La voz viene del otro lado del templo, de una horrenda estatua de una… cosa enorme agachada con demasiados brazos y piernas. Bueno, eso no es del todo prometedor.

—¿Quién nos llama? —exige la Guardiana, alzándose. Ella parece lo que imagino que parecían los elfos de Arlathan, regia y sabia, y el timbre de su voz dice: *No me importa si eres un espíritu, te destrozaré si me das un motivo*. Ella regañó a un Silvano salvaje con esa voz una vez, y se fue cojeando pareciendo avergonzarse de sí mismo. Bueno, tan avergonzado como puede parecer un árbol, en cualquier caso.

Ayúdame.

Oh, esa no fue del todo la respuesta correcta.

La Guardiana Marethari parece volverse más alta, convirtiéndose en un pilar enorme de Dalishanidad enfadada.

—¡Di tu nombre! O te quedarás en silencio.

Soy El Que está Atrapado. Ayúdame.

—¡Tu nombre! —Nunca he visto a la Guardiana así de enfadada. Ni siquiera cuando Tamlen desapareció.

Tres parece ser el número mágico. *Audacia*. La voz es como un viento de invierno, amarga y ajada.

—Un demonio. —La Guardiana escupe la palabra como si supiera amarga. Asiente hacia mí—, Ata a la estatua. No amenazará al campamento. —Se gira para marcharse, satisfecha.

¡Espera! He sido atrapado aquí durante un tiempo más allá del que está registrado. He sido testigo de la caída de tu reino. Ayúdame, Guardiana de los Dalishanos, y te daré el conocimiento de todo lo que he visto. Por un momento, veo visiones del mundo como lo fue una vez. Un imperio que ocupaba todo Thedas, ciudades brillantes de los elvhen… *Todo esto puede ser tuyo.*

—Vamos, da'len. —Me llama la Guardiana. La visión se desvanece.

Me vuelvo y la sigo fuera hasta la luz.

Sebastian

por Jennifer Hepler

Los príncipes no están hechos para la castidad.

Eso es lo que me he estado diciendo a mí mismo desde que los soldados de mis padres me arrastraron hasta esta ermita y me abandonaron para que me pudriera aquí. Dicen que soy una desgracia para el nombre de la familia Vael, que seré una carga sobre los hombros de mi hermano cuando él llegue a gobernar Starkhaven. Yo digo, si eres un príncipe sin poder, bien podrías utilizar tu título para divertirte un poco.

—¿Sebastian? —La voz de mi carcelero, el Capitán Leland de la guardia personal de mis padres, leal hasta la muerte. En este caso, hasta mi muerte—. ¿Necesita algo más esta noche, Su Alteza?

—Estoy bien. —Deja que se vaya. Necesito estar solo. Un momento, entonces sus pasos hicieron eco por el pasillo. Hemos pasado por esto todas las noches; debería confiar en que me quedaré en mi celda, obediente, dormido.

Despliego la nota que estaba bajo mi plato en el comedor.

Sebastian… Sé que odias estar aquí. Si deseas marcharte, ven a la entrada trasera a media noche. Me aseguraré de que nadie nos moleste.

Es la escritura de una mujer, fina y suavemente curvada. Me pregunto de nuevo quién podría haberla escrito. Otra novicia, seguro. Había una chica hermosa que vi rezando en el altar el otro día; quizás también fue traída aquí en contra de su voluntad.

Compruebo la puerta. He sido bueno; no han llegado aún a encerrarme. Murmuro un rezo rápido.

—Andraste ayúdame a salir de aquí y…

La ironía me golpea y me detengo. No es que no crea. He tenido fe a mi propio modo. Aprendí el Cantar de pequeño y aún puedo saltar a cualquier verso. He pagado mis diezmos con fe, el poco dinero que he podido llamar mío. Me he alzado por lo que es correcto: He luchado contra los esclavistas de Tevinter que han puesto un pie en Starkhaven, he sido amable con nuestros elfos. Y en respuesta, Andraste me ha sacado de un buen número de apuros. Nunca parecía extraño antes de hoy pedirle a Ella ayuda para ganar el corazón de una dama en una pelea de bar. ¿Pero realmente puedo pedirle a Ella que me ayude a escapar de Su servicio?

Deja que me marche ahora, ruego silenciosamente, *y puedes tener lo que quieras pedirme más tarde. Cuando sea viejo. Alegremente tomaré votos en mi retiro, como Abuelo, tan sólo no me hagas abandonar mi vida ahora.*

El pasillo está vacío. Ninguna señal a ningún respecto de si Ella había oído.

Mi arco está en mis manos. La Gran Clériga Elthina insistió en que se me permitiera guardar mis pertenencias, gracias al Hacedor.

Hay una vela encendida al extremo del pasillo. Suelto una flecha, y pasa a través de la mecha, dejándonos en la oscuridad. Espero, pero nadie viene. Estoy solo.

Corro ligera y silenciosamente por la alfombra Antivana. Estoy acostumbrado a moverme en la oscuridad. Al final del pasillo, una gran ventana está cerrada contra el frío del invierno. La madera está rígida por la humedad y es difícil de mover, pero un empujón de mi hombro hace que un lado se abra a la noche. No hay árboles fuera de la Capilla de Kirkwall, pero tengo suerte. Uno de los edificios exteriores es de madera, y lo suficientemente alto como para utilizarlo.

Hay un montón de cuerda a mi lado, dejado para mí por mi misteriosa compañera en el crimen. Hago un nudo firme justo pasando las plumas de una flecha y la dejo volar. Con un rápido añadido a mi rezo anterior, pienso, *Está bien, Andraste, si vas a dejar que tus Madres me atrapen, hazlo, pero deja que esta flecha agarre*. No puedo pensar en una forma peor de morir que romperme el cuello tratando de trepar desde la ventana de la Capilla.

Y ella debe estar escuchando porque la cuerda está tensa, la flecha es fuerte, mi agarre es bueno, y en un parpadeo, mis piernas golpean la madera y estoy embobinando la cuerda lentamente, hacia abajo.

Una sombra se mueve debajo. Por un momento maldigo necesitar ambas manos para la cuerda, y mi arco está colgando inútilmente desde mi espalda. Entonces sacudo mi cabeza. Si alguien me atrapa, no lucharé. No tendré ningún odio por nadie en esta Capilla; son buena gente, sirviendo al Hacedor como pueden. Mi queja es con mis padres, por mandarme aquí como castigo, por forzarme a hacer un voto de celibato para proteger a los hijos de mis hermanos de cualquier heredero rival que yo pueda engendrar.

No mataré a nadie por mi libertad. Es mía para valorarla como lo haré y no merece ni una vida.

Caigo al suelo y mis botas se pegan a la arcilla. Y ahora veo lo que no podía antes. Más de una persona está esperándome en la oscuridad de la pared de la Capilla. Esta no puede ser mi colaboradora misteriosa… ella estaría sola, no flanqueada por templarios. Por un momento, pienso en huir, pero mi entrenamiento anterior es demasiado. Si he perdido esta batalla, perderé con dignidad. Los príncipes nunca huyen.

Una de las formas da un paso hacia delante. Es una mujer, de pelo gris y túnica carmesí.

—Veo que recibió mi nota.

Mi corazón da un vuelco… ¿puede ser después de todo, mi compañera novicia rebelde? Pero luego reconozco la voz. La he oído, después de todo, la mayor parte de mi vida, liderando el Cantar en Kirkwall, en Starkhaven, a través de las Marcas Libres. La Gran Clériga Elthina, Madre de todos nosotros.

—S…su Gracia, —tartamudeo. Entonces me golpea—. ¿*Usted* mandó esa nota?

Ella se vuelve hacia los templarios.

—Déjennos, —dice ella bruscamente, pero ellos vacilan—. No estoy en peligro por Su Alteza.

Los templarios se marchan y nosotros estamos solos en la oscuridad.

—¿*Usted* mandó la nota? —Ella asiente—. ¿Y la cuerda? —De nuevo. Ahora me estoy enfadando—. ¿Por qué? ¿Sólo para que le muestre lo desesperado que estoy? ¿Cree que esto es divertido?

—Escribí porque entiendo cómo se siente.

—Estoy a su merced aquí. ¿Realmente necesitaba provocarme con esto?

—Sebastian. —Su voz es lo suficientemente aguda como para hacerme encontrar su mirada. Son de un gris claro, suaves, apasionados—. He jurado al servicio de Andraste, pero eso no me hace ignorante del mundo. Sé que no es su elección estar aquí.

—No es que no tenga fe… —siento la necesidad de explicar.

—Lo sé. —Su voz es baja, triste, y sospecho que está diciendo la verdad—. Sus padres quieren utilizar la Capilla para avanzar en sus metas políticas. —Ella se detiene—. Eso *no* es un acto de fe.

Ella toma mi mano con la suya y le da la vuelta. Pone una bosa en ella, llena de dinero. Miro dentro… todo oro.

—Este es el donativo que hicieron en su nombre. Si esta no es la vida que usted quiere, utilícelo para labrarse otra. —Mientras miro, atónito, ella suavemente cierra mis dedos—. La gente sirve al Hacedor de muchas formas, Sebastian. No necesitas tomar votos para hacer Su trabajo.

Ella me da una sonrisa amplia, profundizando las arrugas de su cara, luego se vuelve para entrar. Mientras su mano toca la puerta, encuentro mi voz.

—¿Pero por qué?

Elthina se vuelve, y la luz de la luna le da un halo brillante que seguro que no es ningún accidente.

—Porque nadie debería jamás entrar en la Capilla por la puerta trasera, —dice ella—. El único que puede hacer este juramento eres tú, Sebastian. La puerta delantera siempre estará abierta.

Con eso, ella está dentro, y yo me quedo solo en la noche. Miro a la bolsa de monedas, suficiente como para ser libre de mi familia, mis títulos, para siempre. Suficiente como para empezar la vida que siempre he querido, libre de ir a mi antojo, de reír y amar donde escoja. Suficiente como para ser…

Las palabras corren a través de mi cabeza: *inútil, sin objetivo, egoísta, solo*.

Estaba en una taberna cuando el Capitán Leland me encontró. ¿Es ahí donde quiero encontrar a mi Hacedor?

Antes de ser consciente de ello, mis pies se están moviendo, sacándome de las sombras, a la luz llena de las antorchas y la luna.

—Gracias, —susurro a Andraste, antes de que mi mano toque el liso bronce del pomo de la puerta, y entro a la Capilla. Por la parte delantera.

Varric

por Mary Kirby

El Ahorcado: Ruidoso, apesta a cerveza derramada, carne quemada, y a cualquier hora del día está lleno de gente honesta haciendo cosas desesperadas, alocadas, o vergonzosas que no recordarán por la mañana.

Mi lugar favorito de todo el mundo.

Gallard se acaricia la oreja y me mira por encima de sus cartas.

—Bueno, ¿vas, o no? —El pobre elfo ha perdido cuatro soberanos de momento, y la noche no parece pintarle bien. Se mueve en su sila.

—Voy. —Arrojo otra plata a la pila—. ¿Ser Thrask? —El Templario está mirando su mano como si la Bendita Andraste estuviera apareciéndosele. Podría estar haciéndolo, por todo lo que sabía. Se había tomado tres pintas, y se mecía ligeramente.

Ante el sonido de su nombre, Thrask alza la mirada desde sus cartas y encoge sus ojos hacia mí.

—Es un farol. No puedes engañarme, enano.

—Las últimas tres manos parecen disentir, —murmura Gallard, aún acariciándose la oreja. Tiene una muesca en ella… tuvo suerte en una pelea a cuchillo en la Ciudad Oscura un par de años atrás, y no puede mantener sus manos apartadas de la cicatriz cuando está nervioso—. Si vas a ir, ve. No le pongas ojitos.

—Bueno, ¿puedes culparle? Soy increíblemente guapo. —Me quito algo de polvo imaginario de mi capa. Gallard lucha por no reírse y lo logra cuando la puerta de la taberna se abre.

—¿Varric Tethras? ¿Alguien ha visto a Varric Tethras? —El mensajero lleva el uniforme del Gremio de Mercaderes. No es un uniforme muy específico sino un aura de importancia propia. No entra más de dos pasos, posiblemente por miedo de ser atacado o, más probablemente, porque no quiere a ningún Ciudad Baja en sus ropas.

—Nunca he oído hablar de él. —Llega el coro desde toda la habitación. El mensajero se queda en la entrada un parpadeo, encogiendo los ojos hacia la oscura taberna, entonces se da la vuelta y se marcha.

—Bueno, ¿ser caballero? —Lanzo mi sonrisa más encantadora a Thrask, que responde apurando lo que le queda de cerveza en su jarra de peltre.

El templario asiente.

—Veo esa plata, y la subo a otra.

—No voy. —suspira Gallard—. Y tú, ser, estás más loco que un saco de lobeznos.

—Las veo. —Sonrío y le hago un gesto a la camarera.

—Hasta ahora me has hecho perder cuatro soberanos y medio, Varric, quiero saberlo: ¿Qué es esa historia sobre que tu hermano va a ir a los Caminos de las Profundidades? —Gallard se inclina hacia delante, y sus ojos captan la luz como los de un gato.

—No es ninguna historia aún. Tendré que esperar a contártela después de que volvamos. —La camarera me trae un vaso de vino, el cual olfateo dando un gran espectáculo. La bodega del Ahorcado es terrible. Realmente no bebo nada de aquí. Pido vino porque pone nerviosa a la gente de las tabernas que pases toda la noche hablándoles y nunca tengas un vaso en tu mano.

—Nadie vuelve de los Caminos de las Profundidades. —murmura Thrask. Él realmente bebe aquí. Si yo tuviera su trabajo, probablemente bebería más también.

—Eddie Cuatro-dedos va a darle a esta expedición de Bartrand quince a uno en contra, Varric. —Gallard sacude la cabeza. Confía en que la Camarilla lleve los números sobre mi esperanza de vida. Yo sólo sonrío y sacudo la cabeza.

La puerta de la taberna se abre de un portazo y otro mensajero aparece.

—¿Varric Tethras? Necesito encontrar a Varric Tethras. Es un asunto de negocios urgent.

—Nunca he oído hablar de él.

El segundo mensajero desaparece.

El templario frunce el ceño.

—Vas a hacer que te maten ahí abajo. He oído hablar a los refugiados Fereldeños. Monstruos retorcidos viven en la oscuridad.

El elfo asiente, frotándose su oreja marcada.

—Honestamente, Varric. Deja que Bartrand vaya por su cuenta.

Sacudo la cabeza de nuevo.

—Thrask, ¿vas?

—Las veo. —Thrask extiende sus cartas sobre la mesa y se reclina hacia atrás, esperando.

—Cuatro jotas. —Sonrío, recogiendo mis ganancias—. Yo no haría esa apuesta, Gallard. No siempre voy de farol, ya lo sabes.